

## II.

[En la calle Jouffroy hay un hotel estilo Luís XIII, con esculturas blancas de carácter artístico, cercando los rojos ladrillos. La puerta, bastante pequeña, abriéndose sobre un vestíbulo con severas tapicerías, iluminadas por el azul ó el verde de los cristales persas, y los reflejos dorados de los platos semiárabes. Dos guerreros japoneses, armados y acorazados, vigilan en el umbral, con sus bigotes de gato erizados y sus disfraces de arlequines trágicos. Otros dos, sosteniendo hachones en lo bajo de la escalera que conduce á los departamentos del primer piso. Á sus pies, dragones de bronce, abriendo, como agujeros de alcancías, sus bocas de sapos enormes.

Una gran puerta cochera, á algunos metros de la pequeña de entrada, se abría á una señal del *groom*, cuando Noris volvía del Bosque, viéndose entonces un ángulo del jardín, arbustos débiles todavía, canastillos de flores y rojas paredes al terminar la arena dorada del paseo.

En el piso bajo, el *boudoir*, forrado por un window, daba sobre aquel jardín improvisado, y aquel saloncito, estilo Luís XV con muebles blancos, forrados con telas preciosas de seda de un rosa pálido, bordadas con florecillas, tenía para ornamentos, en los recuadros de las ventanas esculpidas, aquella verdura fresca, que sonreía en el fondo como una tapicería ó como una decoración de teatro.

Noris se detenía muchas veces en aquel salón blanco, donde libros de lujo mostraban sus encuadernaciones doradas en una biblioteca de Bonle, haciendo *pendant* á una vitrina, donde las figuras de Sajonia, los netzkés del Japón y las estatuillas de Tanagra, se apretaban sobre los estantes de cristal grueso.

Había al lado un salón más severo y de aspecto casi sombrío, grande, amueblado con sillas Luís XIV y aparadores de roble negro y algunos cuadros, poco numerosos, pero de un gran estilo.

El hotel era vasto. En el comedor, con recuadros pintados por Vollon, se hubiese podido dar un convite prefectoral, y Noris comía casi siempre sola.

Vivía aislada en sus habitaciones de un lujo soberbio, sin tonos chillones, donde su fantasía y su gusto amontonaban los objetos de arte que distraían sus ojos y los libros que hablaban á su alma. Allí, en lo alto, en una á modo de biblioteca, donde se cerraba frecuentemente, tenía sobre anaqueles especiales las olvidadas novelas de Eugenio Feraud, en encuadernaciones lujosas con sus cifras y etiquetas del *ex libris* que había escogido con su divisa entristecida y rebelde, *Yo me sobrevivo*.

En el mismo lujo en que envolvía aquellos libros

desdeñados del desaparecido, ponía élla una de las formas de su desquite. La novela de su vida, de su vida nueva, era, por otra parte, más irónica y más extraña en su frivolidad que las invenciones pasadas de moda de Feraud. Noris había querido morir, y se había decidido á vivir, sacudida por aquel terrible apetito de represalias que la hacía cinco años antes mirar la multitud del boulevard con bravatas de cólera. Una vez muerto su padre, su amor escarnecido, no había sentido más que odio; á aquel mismo París donde se ahogaba, le había tomado rabia; y confiando á la vieja Victorina algunas reliquias que quería salvar de aquella ruína, los manuscritos de Feraud, libros, retratos, el estudio de Delacroix, la *Judía de Marruecos*, alquiló á la criada una habitación en una casa de la calle *Legendre*, vendió todo lo que en la casa de la calle *Brochant* carecía de recuerdos de su pasado, y con el dinero recogido de las reproducciones de obras de Feraud, pobre y sintiéndose rica, con un año ó dos de mediana existencia ante ella, había dejado París, dichosa hasta la embriaguez de huir de él con una sensación de libertad, como si allí, á fuerza de calumnias, hubiesen asesinado á su padre.

Entonces partió para Niza, buscando un nuevo cielo, rincones desconocidos. No era solamente que huía de París, sino también de René, el envenenador de su fe, el adorado ayer y despreciado hoy; el miserable que de una honrada niña había hecho una joven perdida. No pensaba que acaso allá abajo, en la internacional baraúnda de Niza, podía encontrarse con él, por desaguar allí París durante las horas de invierno. Pero no encontró en Niza al señor de Chantenay, y allí buscaba con más em-

peño los bosques desiertos que el Paseo de los Ingleses. La gustaba salir, en una casi soledad, por el camino de Villafranca; y sobre las alturas, con las rocas á sus pies, y bajo sus ojos, á lo lejos, el más bello horizonte de la costa, se estaba allí á la luz, con el aire puro que disipaba su cólera, con el sordo murmullo de la mar meciendo sus melancolías, y arrojando á aquel duelo terrestre terminado con la vida, la eterna queja de lo infinito.

Hallaba, si no consuelos, al menos adormecimientos para su dolor en la languidez que se apoderaba de ella, el cerebro lleno de una pesadez vaga como después de un insomnio, y todo su ser víctima de una anemia física y moral por un marasmo del corazón. Vivía así en una especie de existencia vegetativa, en la calma suprema de aquella naturaleza, que no se inquietaba ni por Noris ni por otras, y hacía brotar sus flores y arder su sol, indiferente sobre todo aquel sufrimiento.

Noris no se preguntaba ahora cómo iba á vivir mañana, después de aquel medio sueño doloroso. La parecía que su destino entero estaba limitado á algunos días, á algunos meses, que podía pasar libremente con los restos de su naufragio, sin tener necesidad de nadie. Había ante ella como una muralla de piedra, y detrás de aquella muralla, nada. Cuando estuviese cansada, se destrozaría la cabeza contra aquel obstáculo, y todo habría concluido. Después la volvían á absorber las ideas del desquite. Quería su puesto en la batahola, el primer puesto en aquella locura bestialmente egoísta. Recordaba las miradas torpes que la lascivia arrojaba á su desconuelo. Una casualidad puso en su camino al gran duque Vassili, que reposaba en Niza de la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MÉXICO.

ruda campaña de los Balkanes. Hombre guapo, muy mirado y admirado en el paseo, mirado de reojo por las mujeres, que le habían bombardeado con violetas y rosas en la batalla de las flores. El Gran Duque se prendó de Noris la primera vez que ella asistió al teatro, para tratar de recobrar alguna sensación de arte y sacudir aquellos torpes pensamientos, donde se avivaban sus rebeliones, casi sus odios. Se sorprendió cuando, encontrándola en el camino de Villafranca aquel buen mozo, á quien la antevíspera había oído denominar el «Gran Duque» en el teatro, la dirigió la palabra al hallarla sentada sobre las rocas, quitándose el sol con su sombrilla.

Estaba sólo, y se complacía en pasear su libertad lejos de la *high-life*, como en campaña se divertía en galopar sin escolta en los puestos avanzados. En aquella especie de confianza de ciudad de baños, que es el encanto de Niza, el Gran Duque encontraba cierto placer refinado. Allí aspiraba la vida como un *bouquet*. Allí encontraba á su manera respetos oficiales y fortunas anónimas.

No dudaba que aquella bonita parisiense de rasgos orientales, á la que encontraba allí, y que recordaba haberla visto en el teatro sin acompañante, estuviese enamorada como él de las seducciones de lo desconocido. Se aventuró á hablarla, y se sorprendió al encontrar una frialdad altanera, respondiendo á la banalidad de su madrigal; se excusó, comprendiendo que se había engañado, tomó á empeño el juego, y no tuvo más que una idea: la de saber exactamente lo que era aquella joven, que de repente, para él, daba á la mansión de Niza el interés picante de una novela ó una aventura.

Le dijeron, porque todo se sabe en este mundo, y se repite de boca en boca, hasta lo que no existe, le dijeron que aquella joven tan solitaria, que muchas personas habían notado ya desde su llegada á Niza, era la hija de un pobre diablo escritor con más años de prisión que de talento (y le repetían así una antigua palabra, para enviar todavía á Feraud un ataque póstumo), y se aseguraba que había tenido alguna inclinación y alguna bondad para el príncipe Beaumartel de Chantenay, el buen Chantenay, *Flor-de-Chic*. Así al menos lo había dicho el Príncipe en el círculo, una tarde en que se hablaba de cierto proceso financiero donde había sido envuelto el escritor. Todos estos detalles se los facilitaba al Gran Duque el joven Gardanne, un *reporter* muy elegante del *Parisiense de Paris*, que redactaba en el invierno una hoja de Niza especial llamada el *Monte-Boron*. ¡Estaba muy bien informado Gardanne! Y se complacía en facilitar aquella pequeña biografía á un personaje tan importante como el Gran Duque.

Y así, poco á poco, el militar, sorprendido agradablemente de la antítesis de aquella vida intensa de costa mediterránea, con la dura campaña que acababa de dirigir, sentía por Noris un capricho, que venía á ser una especie de deseo salvaje, hallando á la joven deliciosa, turbado y encantado por el amargo acento de la abandonada, que reía con tan buena gana, maliciosamente, cuando su Alteza le hablaba de amor.

—¿Entonces me amáis?

—Profundamente.

—¿Hace un mes que aún no me conocáis!

—¿Es preciso un mes para enamorarse.... sobre todo de una mujer como vos?

—He visto representar, cuando era muy pequeña, un antiguo vaudeville que llevaba este título (y me tenía con curiosidad el título): *¿Qué es el amor?* Ahora ya sé lo que es; si no es admirable, heroico, sublime, es odioso é insultante. Vos sois un héroe, ya lo sé. Pero me parece que no me amáis heroicamente.

—Yo os amo como se ama....

—Cuando no se ama, pero se desea.

Le abofeteaba con sus risas, y el Gran Duque, acostumbrado á respuestas menos picarescas, se sentía á veces poseído de cólera como ante un reducto que se defen diera demasiado.

¿Sería acaso una joven honrada aquella Noris, y aquel cronista Gardanne la habría calumniado?

La señorita Feraud salió de Niza y volvió á París, sin que el Gran Duque Vassili hubiese podido conocer el secreto de aquella hermosa joven, blanca como el mármol dentro de sus vestidos de luto.

En París trató de volverla á ver, y la encontró. Noris había vuelto para asistir á un nuevo duelo, á más de los que tenía.

La vieja Victorina había muerto.

Empezaba para Noris una soledad más profunda, y con la soledad una miseria amenazadora. Sin estado, aislada y perdida entre la baráunda parisiense, hubiera querido permanecer honrada; pero hubiese tropezado con todas las desconsoladoras imposibilidades. ¿Con qué derecho la desdeñada y casi arrojada querida del príncipe Beaumartel de Chantenay, hubiese osado llamarse ahora honrada?

¡Mujer perdida! ¡Mujer en venta!

Se había perdido con toda la ignorancia confiada de la bondad, de la fe, del amor, de aquel

odioso amor que conocía ahora. Se dió, con toda la cólera y toda la necesidad de aplastar, manciillar, moler bajo sus pies, en el lodo, un ideal detestado: especie de neurosis que se apodera de la mujer en ciertas horas de rebelión, en que la rabia por vengarse parece á tantas otras el pseudónimo de la pasión y el semblante del amor.

Noris no se engañaba, ni quería engañarse. Se sublevaba ofreciendo su belleza á disgusto, como ofrecería su pecho á las balas. Quería arrastrar en su caída, semejante á un velo de desposada que hubiese desgarrado con sus dientes, aquella confiada adoración que había puesto en René, y que había sido la abominada decepción, el descorazonamiento de su vida.

Quería que otra criatura sucediese en ella á la crédula y romántica joven que había sido la digna hija de aquel cazador de ilusiones, de aquel amante de las estrellas que se llamaba Feraud. Quería, en fin, que su nueva existencia fuese la realización calenturienta, acaso atormentada en secreto, pero insolente é implacable en apariencia, de esta divisa, grito doloroso y sollozo de su corazón:

—«Yo me sobrevivo.»

Y París, el París de los ruidos y de los lujos, aquella gran provincia de París que se preocupa de un rostro nuevo en un escenario, más que de un poema ó de una cuestión política, París y la *crème* de París, habían sido sorprendidos, aguijoneados de deseos, sobrecitados por un misterio, viendo un día, entre el personal rotulado y catalogado de las primeras representaciones, á una joven con su noble perfil de camafeo, muy extraña y con el cabello rizado sobre la frente, su tocado de retrato de In-

gres, cuando, bajo los gruesos y redondos ojos de los gemelos, levantaba su morena cabeza, y respondía á las pesquisas de los anteojos, con una sombría mirada y una sonrisa de desafío, y los movimientos del abanico, manejado tan diestramente como por una española.

Casi siempre de negro, con una flor blanca en el talle, el tono lácteo de su piel rompía la monotonía de sus trajes de terciopelo ó de satén. Siempre sola, ó con una acompañante que tenía más de sirviente que de amiga, y á la cual hablaba poco. Se había cuchicheado su nombre, interrogado á los *clubmen*, llamado en ayuda á los revisteros. Y siempre, el bien informado Gardanne se había hallado allí, para decir algún detalle inédito al oído de otros carreristas. Noris Feraud, en menos de ocho días, formaba parte de la nomenclatura obligada de las *Soirées Parisiennes*.

La notoriedad nace en París como estalla un grano de pólvora. Se agrupaban en torno del palco donde se hallaba aquella Noris, que no hablaba á nadie y que analizaba la sala, como la sala la estudiaba á ella. Lo que asombraba precisamente era el silencio y el aislamiento que buscaba aquella mujer. No se era mejor recibido en su casa que en su palco. La hermosa se enclaustraba. Se sabía perfectamente que el hotel de la calle Jouffroy se entreabría á veces, cuando el gran duque Vassili venía de Petersburgo á París, y la crónica no enmudecía sobre la primera pasión de Noris por aquel Don Juan ó Don Juanito, el príncipe de Chantenay; pero aquel famoso hotel que Noris tenía del gran señor ruso, nadie, exceptuados los abastecedores, los joyeros ó los corredores de caballos, nadie le había franquea-

do. La señorita Feraud vivía allí, desdeñando sabrosamente á todos aquellos solícitos cortesanos que giraban en torno de su hermosura.

Vivía allí amargamente dichosa en la pesadez de su misma soledad, volviéndose á hallar todavía sola, siempre sola con alegrías agresivas, cuando iba á caballo á dar una vuelta al Bosque, ó cuando su coche la paseaba alrededor del Lago, en aquel aislamiento casi insolente de desprecio que irritaba á los jinetes afortunados.

Aunque una mujer sea querida de un Gran Duque, cuando es una parisiense notable, algunas debilidades son como una urbanidad ó un homenaje tributado á la seducción de París. Pero Noris no tenía ninguna de aquellas debilidades. Era libre en su orgullo, gracias á la liberalidad del Gran Duque, que hallaba galante encontrar un salón digno de recibirle cuando pasaba por París, y, por otra parte, estaba prendado, seriamente prendado de aquella criatura selecta, tan diferente de sus queridas ordinarias, burguesas con el corazón de gran señora; capaz de salir en seguida del hotel, irguiéndose bajo el ultraje, si el Gran Duque, bastante tímido ante ella, se hubiese permitido, por casualidad, faltarle al respeto.

Había hecho colocar en medio del lienzo central de su gran salón, de tonos oscuros con adornos de oro, la *Marroquí* de Eugenio Delacroix con un magnífico marco, y la radiante criatura con los hombros de ámbar, cubiertos por una cascada de cabellos oscuros, parecía, con sus zequíes de oro ceñidos en la frente y sus ojos de terciopelo saliéndose de la tela, el retrato de la misma Noris con algún disfraz oriental. Sobre aquella imagen, tan-

tas veces contemplada por Feraud, fijábanse tenaz y ávidamente los ojos de la joven cuando, durante días enteros, se entregaba á sus recuerdos en el silencio sepulcral de su hotel.

Recibía á muy pocas personas, según había dicho á Raimundo de Ferdys, y levantando su frente ante el desprecio de los demás, se lo devolvía con creces, mediante la libertad que á costa de su honra había adquirido. Salfá poco, carecía de amigas, y en aquel mundo de afortunados, que era el suyo, sólo veía á una Margarita Brunier, cuyo hotel se hallaba próximo al de Noris, en aquel barrio de casas nuevas y de fortunas rápidas.

La noche misma de la mañana de Abril en que había encontrado á Raimundo de Ferdys en el bosque, Noris, contra su costumbre, había accedido á comer con Gardanne, el periodista Gardanne, que la entretenía como una crónica viviente, y la llevaba á su casa en una hora todo lo más saliente del ingenio de París. Aquella comida debía verificarse en casa de Margarita Brunier, generalmente llamada Margot, y á cuya puerta se paraba con frecuencia el coche del marqués de Ferdys.

¡Margot y Gardanne! Estos eran también los dos visitantes más habituales, y aun podría decirse los dos únicos visitantes de la casa de la calle de Jouffroy: Gardanne, que entraba al pasar y se imponía con mayor frecuencia de lo que la joven hubiera querido, y Margot, que llevaba á la soledad suntuosa del hotel la risa franca, no más alegre que otras, porque á veces encontraba las melancolías del pasado en el fondo de sus recuerdos, como un dejo amargo en el fondo de una copa de Champagne; pero sin querer pensar en ellas y diciendo á Noris:

—¡Bah! La vida no merece tanto ruido. ¡Pasa tan pronto!... No tengo veintiseis años, y ya me parece que todo ha terminado.

Margarita era muy linda: gruesa, de blanca tez y cabellos rubios y abundantes que teñía de rojo, orejas carnosas, ojos azules, y dientes blancos, que refan simultáneamente; las manos regordetas, cargadas de sortijas, y toda su persona, en fin, muy apetecible, á pesar de la prematura palidez de sus labios y del ligero cerco azulado de sus ojos.

Á pesar de su alegría, tenía, como Noris, el vago enojo de aquella existencia siempre igual, y cuyas eternas fiestas y mudanzas la agobiaban. Por eso buscaba algún descanso charlando, como aquella noche, con amigos de confianza, sin la presencia del amo de la casa, muy amable, —pues ya hemos dicho que era el Marqués,—pero cansado y enojoso, tan sólo por ser «el amo».

El buen Gardanne, la linda y alegre muchacha, y la bella Noris, morena como hija de Bohemia, dos parisienses de bien diversa raza, en aquel comedor forrado de cuero é iluminado por una araña de hierro forjado, experimentaba tan grata impresión como si comiera con dos amantes suyas en un gabinete de restaurant. Las flores blancas y rosadas del centro ostentaban con los reflejos de la luz colores femeninos; y todo sonreía: la cristalería de reflejos de ópalo, el cubierto labrado á la japonesa, los dibujos rojos y blancos del mantel ruso. En todo aquello había un buen gusto que el *reporter* elogiaba con grandes exclamaciones, pagando su escote, mientras comía, con reclamos hablados.

Gardanne tenía su proyecto: quería describir minuciosamente el interior del hotel de Margot y

después el de Noris, principalmente el de ésta. Aquel hotel suntuoso y cerrado, ¿qué mejor asunto ni más nuevo? Dando una *Noris* íntima á su periódico, llamaría seguramente la atención. Sabíase perfectamente en París que la joven era la querida del Gran Duque; pero hasta semejante título daba á la vida algo misterioso que evidentemente interesaría mucho cuando el periodista levantase la punta del velo. Quería sorprender á su periódico primero, y al lector después, con una serie de artículos, titulada: *Interiores femeninos*.

Haría á Margarita Brunier, *Margot*, después de Noris; á Blanca Taverny después de Margot; á la señora de Tressan después de Blanca; las actrices, las duquesas, las Amazonas, la hez, la *high-life*, la *low-life*, una mezcla, un puré, una *serie* de todo, todos y todas.

Y para tomar notas, el amable Gardanne dirigía á Noris, mientras comía, preguntas más íntimas que de costumbre, diciéndole que la veía pensativa ó melancólica....: esta era la expresión gráfica.

—Decididamente tenéis algo (decíale á los postres). ¿No es verdad, mi querida Margot, que nuestra amiga tiene un aire sombrío?

Había tomado un cigarro de la caja traída por un criado llamado por Margarita, y lo encendía en un trípode de plata, remate de un portafuego impregnado de alcohol.

La joven, escuchando la frase de «nuestra amiga», no había podido evitar un ligero fruncimiento de cejas. Pero, ¡bah! Gardanne creía acaso honrarla mucho dándole este título; compartido con una multitud de bohemios alborotadores ó famélicos.

Noris contestó sencillamente negando estar triste, aunque más de una vez había advertido en sí misma, desde su matinal encuentro con Raimundo, una sensación extraña, que quería atribuir á la primavera y al primer baño de sol.

Lo cierto es que durante la comida había hablado muy poco, dejando á Margarita y á Gardanne cambiar entre sí las frivolidades parisienses, y trasladándose con la imaginación á las arboledas en que las primeras hojillas sonreían en el fondo verdoso del Bosque.

Estaba lejos, muy lejos de aquel comedor de Margarita Brunier, cuya verja de cristales daba al jardín, como la suya, y se teñía aún con el pálido azul del crepúsculo primaveral. Estaba muy lejos de la joven que charlaba á su lado con aquel muchacho burlón, cuyo ingenio, acostumbrado á ello como los miembros de un clown, encontraba objeto de broma en todo, y le parecía que galopaba aún por el paseo de los Postes con aquel guapo mozo de tez bronceada que le hablaba de países resplandecientes de luz y de amor, donde las muchachas se cortaban el cabello y aun la mano por el primer transeunte de charreteras de oro.

Un nombre pronunciado en voz alta, y que ella se había impuesto como deber escuchar sin emoción, un nombre que influía en su vida como una hoja de acero en una herida, la sacó de aquella especie de sopor con un sacudimiento doloroso.

Gardanne hablaba del príncipe Beaumartel de Chantenay. Noris levantó la cabeza, y bruscamente, desde el franco rostro juvenil de Raimundo pasó á la sonrisa fría y al bigotillo rubio de René. Ésta evocación cortaba malignamente el verde paisaje

de primavera en que galopaba Raimundo bajo el naciente follaje.

Escuchó maquinalmente.

—¡Otra vez ha dado que hablar de sí ese diablo de Principillo!—decía Gardanne, mirando la ceniza de su cigarro.

Y Margot, con los codos sobre la mesa y fijos sus ojos en los del periodista, con la avidez curiosa del escándalo, parecía al gatillo contemplando un cuenco lleno de leche.

—Dícese (siguió Gardanne) que no ha sido extraño al fin del conde de Montepreux.

—¿Que no ha sido?...

—Esto no es decir que le haya dado el golpe de gracia; pero la Condesa, que es loca, se había comprometido bastante con Chantenay para que Montepreux pudiese ignorarlo, y esto no es muy bueno para la enfermedad del hígado que sufría. Si el Conde ha muerto, Chantenay puede envanecerse de haber entrado para algo en la ictericia..., en la enfermedad que le puso amarillo,—siguió diciendo Gardanne, al observar que Margot no le comprendía muy bien.

Noris parecía muy atenta, y preguntó, como si hubiera pedido una noticia:

—¿La condesa de Montepreux?

—La conozco (dijo Margot); y es muy linda. Rubia como el oro...; un bosque de cabellos...

—Color de tabaco turco ó de cerveza de su país (dijo Gardanne), porque es austriaca. Mackart la expuso en uno de sus cuadros... ¡Una piel soberbia!... ¡Una tez!... ¡Un cuello!...

Y detallaba á la gran señora, como si hubiera descrito á una actriz entrando en escena descotada

para una comedia de magia, ó á un caballo de carrera en la pista.

Noris conocía á aquella Condesa: la había visto admirada más de una vez en la Ópera, ella sentada en el anfiteatro, la Condesa apoyada en el antepecho de su palco, con la cabeza alta, insolentemente bella, con aire sonriente y desdeñoso á la par, con sus hermosas espaldas vienesas, que las muchachas dejan acariciar por sus bucles rubios cuando la música militar austriaca las hace valsar bajo los árboles del Prater. ¡Ah!... ¿La Condesa era ahora querida de Chantenay?...

—Así se dice (añadió Gardanne); y hasta que ella le adora y está como loca por él.

—¿Cuándo ha muerto el señor de Montepreux?

—El verano último..., en Junio de 1881.... Yo hice un viaje á Normandía para reseñar el funeral del Conde, que volvía de Vichy para morir en su casa. ¡Es muy pintoresco el castillo de Montepreux! Un torreón amueblado como un tocador... Se pronunciaron tres discursos sobre la tumba del Conde: el del maire, el del presidente del Consejo general, y el de uno de sus colegas en la Cámara. Estamos en la época de los discursos, y el señor de Montepreux era diputado..., diputado conservador, naturalmente. ¡Hubiera hecho bien en conservar á su mujer!

Noris nada decía, tratando de reconstruir, á través de las burlas del reporter, la novela de aquella mujer que amaba al hombre adorado ciegamente por Noris cinco años antes.

Extraña locura la de aquella mujer, considerada y rica, y con el título de Condesa, enamorándose de un hombre que podía engañar á una ignorante,

pero no á una mujer de mundo, conocedora de la vida. Y aquella locura era al propio tiempo una infamia. ¿Era viejo el conde de Montepreux? No: joven, rico, algo sombrío y atrabiliario por la enfermedad que había de acabar con él; pero elegante, fiel, cariñoso con su esposa, cuya hermosura le envanecía, como lo demostraba el haber encargado el retrato de la bella austriaca á uno de los más célebres artistas, para que fuese el asombro de la Exposición en París como en Viena.

—Y, en suma (proseguía Gardanne), de cuanto constituía su existencia, el pobre Conde no amaba más que á esa criatura, divinamente elegante y de encanto soberano, que atravesaba los salones con un porte regio del brazo de su marido, cuyos ojos amarillentos brillaban de alegría por los triunfos de la Condesa. Montepreux no tenía ambiciones políticas. Elegido para la Cámara á los veintiseis ó veintisiete años, después de la guerra, en que se había batido valerosamente á la cabeza de una compañía de móviles de su departamento, asistió á ella por costumbre, y puesto que los electores tenían la galantería de elegirle, no tenía derecho á hacerles un desprecio; pero se ocupaba de la Condesa mucho más que de la diputación. Por ella hasta olvidaba á su hijo, un señorito que ha crecido en el hotel de la calle de Santo Domingo como ha podido, entre sus niñeras y criadas, teniendo á los cuatro años habitación propia, sirvientes que le llaman «señor Conde», y hablando de «vos» á su madre (y Gardanne acentuaba su tono), en esa edad en que el tuteo del niño es para los oídos de la madre como la declaración de amor más irresistiblemente dulce.

Aquella mujer adorada con un amor único y ciego, aquella hermosa Condesa de veintitrés años, esposa feliz y envidiada por millares de mujeres, se había prendado de Chantenay, cometiendo,—error sólo comprensible en la hija insensata de Eugenio Feraud,—la locura de sacrificarle el honor y el reposo del señor de Montepreux y el respeto que el niño debía profesar más adelante á su madre.

Sólo en esto pensaba Noris, en tanto que Gardanne, con el tono parisiense, lleno de los ecos de los bastidores de teatro y de las redacciones de los periódicos, hablaba con la mayor naturalidad de los amores del príncipe Beaumartel de Chantenay y de la condesa de Montepreux, absolutamente como si se tratara de las relaciones públicas de un comediante con una perdida. Aquel invierno mismo habíanse visto juntos en Mónaco á la Condesa de luto todavía y al Príncipe, lo cual había parecido escandaloso. La Condesa habitaba una *villa* y el Príncipe estaba en el hotel; pero la crónica les atribuía el encontrarse muy frecuentemente, y habiendo circulado el rumor de que la señora de Montepreux podía llegar á Princesa, se juzgaba que el anuncio ó semianuncio de tal matrimonio seguía muy de cerca á las tarjetas de funeral.

Con todo cuanto era necesario para llevar, honrada en el silencio de la viudez y en la seguridad de la riqueza, la vida más respetada que pueda soñar una mujer, la condesa de Montepreux hacía hablar de sí como una mujerzuela de teatro, y necesitaba que Gardanne buscara en su apoyo esos calificativos de moda, que son como la etiqueta de la mujer moderna; desequilibrada, disgustada, alborotada, caprichosa, histérica....

Y poco á poco, viendo revivir en cierto modo su pasado con aquel presente removido por el *reporter*, la hija de Eugenio Feraud iba experimentando un raro sentimiento de desfallecimiento moral.

Había acudido á casa de Margarita Brunier en busca de olvido, y encontraba, por el contrario, un aumento de amargura. Á través del humo azul del cigarro de Gardanne y del cigarrillo de Margot, veía á aquellos dos seres que otras veces compartían su vida en su casa: aquel periodista aventurero y aquella mujer caída, que vendía su amor como él su ingenio, y se decía que de aquellas dos personas ligadas á su existencia por la necesidad de mutua comunicación para mirar la melancolía ó el sentimiento propios en el rostro ajeno, la desgraciada que veía ante ella, sin cuidarse del porvenir y aspirando el presente como una bocanada de tabaco turco, era la que podía comprenderla y compadecerla mejor.

No hubiera sido Margot seguramente la que, casada con un buen mozo, hubiera malgastado la alegría de su existencia, como la condesa de Montepreux sepultaba la suya: Margot era una buena muchacha en su clase. ¡La había conocido Noris de tan extraña manera!

Eran vecinas, sin saberlo, en aquella calle Jouffroy, que á la sazón iba levantándose, y nunca se habían encontrado, aunque sus coches se hubieran cruzado ó seguido, más que en el cementerio, junto á la pared de Montmartre, donde reposaba «el vencido».

Á dos pasos de allí, Noris veía frecuentemente, llevando maquinalmente coronas á una tumba, y sin arrodillarse nunca ante ella, á una joven rubia y

bella, que la saludaba, aunque sin hablarla. En sus visitas á aquel rincón de tierra, codeábanse frecuentemente, llamadas á él por los que dormían, y que, extraños durante la vida, la promiscuidad de la muerte les había acercado. Noris había mirado una vez el nombre grabado sobre la piedra que motivaba las visitas de la joven elegante; pero aquel nombre nada le había indicado: *Brunier*.

Pero un día que habían empezado á caer gruesas gotas de lluvia, como lágrimas que bañaban el cementerio, donde tantos mausoleos no recibían ninguna, la linda rubia había abierto amablemente su paraguas para acompañar á Noris hasta su carruaje.

—Es que hoy no lo he traído: he venido á pie.

Y la lluvia aumentaba, dando á la calle que conducía al cementerio y á todo aquel lado del boulevard de Clichy un aspecto de mancha de tinta.

La joven, con su paraguas sobre la cabeza de Noris, decía interiormente:

—Si yo me atreviera....

No sabía quién era Noris: indudablemente una gran señora, y vacilaba. Al fin se atrevió á ofrecerle un asiento en su coche, y Noris dió las señas de su casa, con lo que ambas se sonrieron, aun saliendo del cementerio, sabiendo que también eran vecinas en el mundo. Aquella rareza demostraba la predestinación, y prometieron volverse á ver.

Y no sólo se vieron en Montmartre, junto á los sepulcros, sino en la calle Jouffroy, en el vaivén de la existencia habitual. Margot conocía de nombre á Noris, y hasta la había visto en el teatro, plaza pública de la vida moderna; pero sin que le hubieran dicho quién era aquella hermosa morena